TERCER GRADO

por Fernando Martín Iniesta

autor de «CAMPO RASO»

Volverán, y, esta vez, no podré resistirlo. Confesaré lo que quieran. Pero, ¿qué puede confesar, si nada sé?

Volverán. Me arrastrarán por aquel horroroso pasillo y, acaso, volveré a desvanecerme como la última vez, y, cuando recobre el conocimiento, estaré sentada en el centro de la habitación, con el potente foco de luz sobre mis ojos, sin poder distinguir siquiera el rostro de quién me interroga, las voces, naciendo desde las sombras, sin pertenecer a ningún rostro, sin dejar adivinar el movimiento de los labios, sin percibir si hay ira, odio o sadismo en los ojos de quien me habla, cobran un tono metálico, impersonal y fantástico: son voces infrahumanas. Voces que parten de un mundo desconocido, voces que no pertenecen a nadie, voces que viven por sí solas, voces que hieren como cuchillos, voces que desgarran los tímpanos y las entrañas: voces del silencio y del horror. Porque, a veces, se produce el silencio, un silencio que nunca he podido saber cuánto dura. Entonces –cuando se produce el silencio– quedan las voces confusas, entremezcladas, inconcretas, rebotando por las paredes, y, entre ellas, lúcido, terrible, espantoso, suena mi grito, el grito que nunca logro contener y que –pienso– llega a asustar a mis torturadores, obligándoles a guardar silencio unos instantes. Sólo unos instantes, para volver, de nuevo, a comenzar con más furia.

Nunca creí que la debilidad pudiera tener tanta fortaleza. Ahora sé que la debilidad, cuando se la estruja y se la lleva hasta la impotencia, es la fuerza más poderosa que existe, porque, detrás de ella, ya no queda nada, nada. Por muy rudo, feroz y terrible que sea el nuevo ataque, se estrellará contra un muro que no puede romper, porque ya no queda nada que romper. Mi impotencia conduce, inexorablemente, a la impotencia de mis torturadores, y, entonces, yo soy la más fuerte, porque ni puedo, ni me queda nada que defender: sin embargo, ellos, se ven, todavía, conducidos a la desesperación de haber fracasado. Entonces, puede suceder cualquier cosa. Y, de hecho, sucede.

Puede suceder que, desde la oscuridad, la débil llama de una cerilla, encienda unos pitillos; que, al apagarse la cerilla, las mínimas ascuas pueblen de luciérnagas las sombras. Entonces, por las ascuas de los pitillos, puedo llegar a descubrir qué número de personas están conmigo en la sala. Pero, esto, tampoco es exacto, porque, en más de una ocasión, el que parece ser el Jefe, se ha acercado a mí llevando dos pitillos encendidos, uno en cada mano. Puede suceder que, uno de ellos, con falsa amabilidad, me pida que me desnude. Y puede suceder que yo, sin una idea exacta de lo que haga, vencida por el cansancio, parsimoniosamente, me vaya quitando, una a una, todas mis prendas. Pero, también puede suceder, que me quede ausente, sin hacer un solo movimiento, sin entender lo que se me ha ordenado, lejana, como en otro mundo. Entonces, sin que comprenda por qué, ya que no me quedan más fuerzas para resistir, me sujetan entre varios y, uno de ellos, cuidadosamente –el Jefe ya lo advirtió en otra ocasión: «Cuidad de no

romperle la ropa. No conviene que, si tiene que salir de aquí, lo haga de mala manera» – me vaya desnudando. La primera vez que esto sucedió, sentí un desconocido y extraño pudor que me obligó, absurdamente, a tapar con una mano mi sexo, y, con la otra, los pechos. En posteriores ocasiones, ni siquiera lo he intentado. ¿Para qué?, si más que comprender intuí que aquel gesto les provocaba una mayor excitación. Y, puede suceder que, mentalmente, juegue –¡sí, juegue!– a adivinar sobre qué parte de mi cuerpo van a aplicar la llama de los cigarrillos; o puede suceder, que no piense en ello, que antes que se produzcan las quemaduras, sienta en toda mi piel el horrible dolor, mientras se impregna la atmósfera con el olor de mi piel y carne chamuscada. La última vez que lo hicieron, el horrible dolor partió, simultáneamente, de mis pezones, y, aunque lo sentí en todo el cuerpo, pude precisar que fue allí porque las quemaduras se me han infectado y mis pezones supuran...Después, antes de caer desvanecida, noto cómo mi cuerpo se pone en tensión y parece estallar.... Cuando recupero el conocimiento, noto cómo la piel me arde y una extraña sensación de picor que, más tarde, se convierte en dolor insoportable y por él localizo la parte de mi cuerpo que ha sido quemada por el ascua de los cigarrillos... Entonces parecen olvidarme por un tiempo que no puedo precisar, antes de proseguir nuevamente... Es el tiempo que llaman «de meditación», casi siempre, entre risas.

O puede suceder, como en aquella ocasión, que me desmaye antes de que me apliquen la llama de los cigarrillos, y que despierte –el horror, la vergüenza, el asco y la impotencia, todavía me hacen vomitar cuando lo recuerdo– tendida en el suelo, con las rodillas levantadas por unas manos implacables y, sobre mi cuerpo, sobre mi boca, el jadeo animal de uno de aquellos monstruos... O que, al recuperar el conocimiento, sólo sienta un seco dolor en el sexo y una humedad gelatinosa resbalando por las ingles...

Quizá tarden en volver: ha sucedido otras veces. Después de lo que llaman «una sesión» ,dejan transcurrir un período de tiempo que puede, incluso, durar días. Saben que, en este tiempo, voy a reconstruir, instante a instante, todo el horror que he padecido. Y deben saber que esta reconstrucción es una forma más cruel de padecerlos que cuando se están desarrollando, que debilitaran más mi voluntad, si ello fuera posible, que cuando siento, físicamente, la tortura. Lo que ignoran no –actuarían así si lo supieran– es que ya no tengo voluntad ni fuerzas. Me han llevado a tal estado de degradación, física y moral que, cometer la mayor aberración para que me soltaran, sería la cosa más lógica y normal que podría hacer. El problema es que no sé lo que debo hacer, ni qué decirles, y, cada vez veo con mayor confusión lo que pretenden de mí. «Que declares», me han dicho. Pero, ¿qué debo declarar? ¿A quién puedo delatar y por qué? Si sólo fuese capaz de intuir, creo que me inventaría cualquier mentira, con tal de escapar de este suplicio.

¿Por qué estoy aquí? No lo sé, ni creo que ellos tampoco lo sepan. Cuantas veces me han interrogado, les he formulado esa pregunta. La respuesta es siempre la misma: «¿Con que no lo sabes,eh?». O, bien la otra desoladora frase: «No estás aquí para preguntar, sino para responder». Y, de nuevo, el círculo cerrado y... ¡otra vez a empezar!

*** * ***

«Llegué ayer;sí, ayer... Sí miran en mi bolso encontrarán, todavía, el billete de ferrocarril. He venido a buscar trabajo... En lo que sea.... ¡Déjenme ya!...¡No sé

nada, nada...! ¡¡Nunca, nunca había estado antes en la capital...!! ¡¡¡Ayyyyyyy...!!!».

*** * ***

¡Otra vez a empezar!... Se han ido turnando, y, en esta ocasión, he podido verles la cara. El más joven de ellos, al que llamaban «Lince», parecía tener piedad de mí... «Anda, este es también tu bautizo de fuego, le han dicho»... «Atosígala un poco»... El joven dudaba cómo empezar y miraba de una lado para otro, como esperando una respuesta, un dato, una insinuación... De repente, se ha acercado a mí, y, con la mano abierta, me ha golpeado en la cara hasta hacerme caer... He sentido como mi mejilla se hinchaba y un hilillo de sangre resbalaba por ella... Una voz, desde la oscuridad, le ha detenido: «Así no... Hay orden de no dejar señales»... Luego, ha soltado una breve risa, mientras decía: «Ya aprenderás, ya te enseñaremos»... El dolor, pese a todo, no ha sido demasiado insoportable...

*** * ***

«No conozco a nadie aquí... ya les he dicho a qué he venido... No conocía, ni había visto antes a aquel muchacho... Salía de la boca del «Metro» cuando me encontré con el gentío, que corría alocadamente, huyendo... ¡No conozco a nadie en esta ciudad!... ¡¡No, no... eso no...!!».

*** * ***

Los modales son finos, el gesto delicado y viste con elegancia... Solamente sus negros guantes pudieran tener algo de amenazadores... «Señorita, queremos ayudarla. Confíe en mí. Si colabora con nosotros, no le sucederá nada... Estos son unos brutos. Pero, ahora, estoy yo aquí para ayudarla, para protegerla. Pronto podrá marcharse... si colabora con nosotros... Usted es una buena chica... Comprenderá que tenemos un misión que cumplir... ¿Quiere tomar algo...? ¿Le apetece un café...? ¿O prefiere una copa... ? Usted y yo, terminaremos entendiéndonos y no volverá a tener complicaciones... Vamos, vamos, cuéntemelo todo, como si se tratase de un amigo... Porque yo, soy sólo un amigo, para usted...»

Su voz, suave, cae como un chorro de agua fresca sobre mí y siento que mi cuerpo, por primera vez durante estos días, comienza a relajarse... Y me hubiera gustado acercarme hasta él y besarle la mano, en señal de agradecimiento...

*** * ***

«No conocía a nadie en esta ciudad... Cuando salí a la acera, aquel chico me cogió del brazo»... «Disimule... Ya le explicaré desués... » Y, algo me hizo asentir con la cabeza... «No debemos correr. A veces, es mejor no huir... » Y me empujó, suavemente, hacia un portal... «¡Aprisa, aprisa, subamos las escaleras!...» Y nos quedamos , muy juntos, en el primer descansillo , oyendo los gritos, los disparos y el alboroto de la calle... Nos quedamos quietos... Me tenía ligeramente abrazada... Instintivamente, apoyé mi cabeza en su pecho y sentí cómo el corazón le golpeaba, a punto de estallar...»

La mirada se le ha ido helando y su voz suena nerviosa y ceceante... Las manos, enguantadas, han ido cerrando, una vez y otra, los puños, sin poder disimular la

tensión... «¿Se está burlando de mí, señorita?». Un tic nervioso, incontrolado, ha comenzado a vibrarle en la comisura de los labios... «¿Quiere que vuelva a entregarla a... esos?...» «Le estoy diciendo la verdad!...» Los finos, los delicados modales, dejan al descubierto una máscara... «¿Acostumbra a dejarse abrazar por el primer desconocido que encuentra en la calle?... » «Si es así, volveré a dejarla sola... para que satisfaga sus... aficiones...»

*** * ***

«¡No; otra vez, no!... » «¡¡Les diré todo, todo lo que quieran saber... !! ¡¡Desnuda, otra vez, no...!!

Ya no les oigo. Los oídos me retumban... El sonido chirriante, hiriente, ha ido creciendo hasta dejarme ensordecida... Tengo frío, un frío terrible que hace que no sienta ni los pies ni las manos... Todo el dolor ha desaparecido de repente... Se ha ido alejando de mí... Le veo como a través de un sueño. Sé que hablan porque adivino el movimiento de sus labios...

(Mi padre me lleva cogida de la mano, y soy una niña. Llevo puesto un vestidito blanco, de seda...Los calcetines, también, son blancos... Y, los zapatitos, blancos, de charol... Me han puesto un gran lazo azul en la cintura... Camino, contenta, por el parque).

–¿Quién la envió, y para qué?

(Mi padre me compra una gran bolsa de caramelos... Voy saltando mientras él me mira entre orgulloso y feliz... Cuando regresemos a casa, se lo contaré todo a mamá)

Calor, lo que ahora siento, es un gran calor que me entra por todos los poros... Un gran calor que me hace feliz... Muy feliz...

(«Estás sudando», me dice mi padre... «Descansa un poco...» Las otras niñas siguen saltando a la comba, y, yo, quiero volver con ellas... Quiero volver).

–¡Por última vez!, ¿Quién la envió?

–Mi padre... Ha sido mi padre... El, él me ordenó que viniera, y...

*** * ***

Vuelvo a recuperar el conocimiento y no puedo moverme... Estoy caída en el suelo... Un suelo sucio de vómitos, orines y excrementos, que deben ser míos...

–Ha querido volver a burlarse de nosotros... Su padre murió hace cinco años... ¡Esto ya es demasiado!

*** * ***

El hombre, elegantemente vestido, desdobla, cuidadosamente, el periódico, por décima vez y vuelve a releer la breve nota inserta en la sección de «sucesos»: «La policía encontró anoche, en un descampado de las afueras de la ciudad, el cuerpo sin vida de una joven, de unos veinte años de edad, carente de documentación, con síntomas de haber sido violada y torturada. Se hacen investigaciones para averiguar la identidad de la víctima, así como para la detención de los culpables».

El sargento, satisfecho, cerró cuidadosamente el periódico y encendió un cigarrillo, mientras, desde aquel piso diecinueve, contemplaba la calle, haciendo insignificantes a los seres que transitaban por ella.